

# La Religión de los Hanksis

**Carlos Sabino**

Novela. Ciencia Ficción.  
Ed. Panapo, Caracas, 1989, 232 págs.



8

○

**La violencia puede ser dominada, controlada, reducida hasta lo ínfimo, si se piensa constantemente en los otros, en que los otros existen. Sólo se llega a dominar la ira cuando -aun en el caso de que tengamos pleno derecho a encolerizarnos- somos capaces de abarcar las peores consecuencias de lo que estamos haciendo.**

**De Confesiones y Recuerdos, por HANKL OZAY**

Iya había sido un bibliotecario, un especialista en el cuidado de libros de todas clases: los antiguos incunables, los libros de papel que tanto abundaron en el siglo XX, los grabados en cintas y discos magnéticos, los modernos cubos de delicada estructura química. En su ciudad natal, Lagos, había aprendido el latín y el inglés clásico, los lenguajes universales modernos y muchos de los idiomas que procedían del gran pueblo bantú. Seguía siendo un estudioso solitario, un hombre pequeño y alegre, de unos cincuenta años, que gustaba de los placeres sensuales intensa pero esporádicamente. Su conversión había sido inmediata: poseedor de una religiosidad difusa a la que no conmovían la rigidez del islam o el trascendentalismo cristiano, había decidido acercarse a Yellowknife para conocer al nuevo profeta, como tantos otros. Ahora, en un paisaje tan opuesto al del Golfo de Guinea, se hallaba un poco incómodo: comprendía que estaba viviendo una gran aventura, que su papel al lado de Ozay nunca podría ser olvidado pero, en el fondo, siempre pensaba que al día siguiente iría a abandonarlo todo para regresar a sus hábitos y a la luz ecuatorial que eran parte de su ser.

Mientras el trineo avanzaba veloz en la insondable noche Iya, todavía sorprendido por el pedido de Hankl, se esforzó en ordenar sus ideas:

-Sé que necesitas paz para trabajar, hermano -le dijo- pero no veo cómo podrás encontrarla viajando continuamente. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

-Vamos a perdernos, Iya, a alejarnos completamente de la civilización por un tiempo. Aunque sea en el mismo polo encontraré un sitio donde no existan asesinos dogmáticos. Mientras ellos dirigen el trineo y se ocupan de quienes nos persiguen nosotros dos, aquí mismo, podremos ir ordenando las palabras conque quiero narrar mi historia. Necesito de tu ayuda.

Iya, tan sorprendido como Dukkok o Swende, lo escuchaba con atención.

-Sabes que no he podido tener casi paz desde que llegué del espacio: primero fueron los funcionarios y los médicos los que me acosaron durante semanas, sin desear molestarme, es cierto, pero despertando mi ansiedad; luego he predicado sin cesar y, cuando ya comenzaba a sentirme satisfecho, he tenido que sufrir el hostigamiento de los sectarios, a los que atraigo más allá de mi voluntad. Hasta a Carindha me han quitado -dijo, conteniendo un sollozo.

Luego Hankl quedó en silencio, mientras Swende se esforzaba por mantener el rumbo del trineo. Dukkok conversaba por la radio, intermitentemente, con Fredek o con Gwani. Pero Hankl enseguida se repuso. Sacó una pequeña máquina lectora y un cubo, que entregó a Iya. Operó sobre los controles y dijo:

-He avanzado bastante en los últimos dos días, después de nuestra última conversación. Mira esto, por ejemplo.

Iya, resignado a vivir circunstancias tan extraordinarias, trató de concentrarse, como si estuviera otra vez en Lagos examinando algún antiguo manuscrito y no existiese el desierto blanco a su alrededor. Se sentía a la vez halagado y temeroso, pero encontró pronto en la lectura la forma de evadir su ansiedad. Al rato comentó:

-Bueno, esta parte, no sé... ¿no crees que aquí faltaría explicar algunas cosas? Creo que lo que dices acerca del budismo moderno no se entiende bien. Piensa que habrá muchos lectores que ni siquiera sabrán a qué te estás refiriendo...

El ataque había sido un horrible fracaso, y Rashawand lo sabía. A pesar de la sorpresa y del relativo poder de las armas empleadas, ese hombre demoníaco se les había escapado. No habían tenido suficientes bombas con las cuales poder arrasar la casa y perseguir a esos bastardo. La rapidez de la fuga y el contraataque -para en cual no estaban preparados- confirmaban que entre ellos se hallaba una inteligencia experimentada, sin duda la de Dukkuk. Tenía una herida leve en una pierna, que se curó en pocos minutos, pero su traje especial ya no podía protegerlo bien del frío porque se había dañado irreparablemente. Orhenin, aunque no quiso traslucirlo de inmediato, al fin tuvo que confesar su preocupación:

-¡Qué haremos sin Warani, maestro, ahora que necesitamos detectar la presencia de Ozay por medio de esos aparatos que ella tan bien sabía manejar...

-No seas débil. Este trineo que hemos conseguido tiene un buen sistema de radar y no será difícil ubicarlos en esta desolación.

-Pero usted está herido.

-No es nada grave, ya estoy bien. Dios nos protegerá.

Se habían apropiado del vehículo en el momento de mayor confusión, cuando los estelares que los atacaban se replegaban ante la amenaza de su láser, llevándose a Warani. Y aunque esa era la única arma de mediano alcance que les quedaba, pues el láser más pesado habían tenido que abandonarlo, él confiaba en poder acercarse lo suficiente a los fugitivos como para destruirlos sin piedad. Había un sólo, gravísimo problema: las gentes de Ventura los había visto claramente cuando se lanzaban a la persecución y -con seguridad- alertarían a las tropas federales. Tenían poco, muy poco tiempo.

Swende sabía conducir esos trineos que eran como poderosos relámpagos deslizándose sobre el hielo. Tenían combustible, alimentos compactos -los aburridos alimentos compactos que horrorizaban a Hankl- y hasta una buena forma de comunicarse por radio con los amigos que dejaran en Ventura. Pero no tenían idea de hacia dónde dirigirse.

-De verdad, Hankl, quieres que vayamos hasta el Polo? Yo ya he enfilado hacia el norte de la isla, pero...

-Claro que sí, vamos a seguir hacia adelante sin detenernos.

-Tendremos que reabastecernos antes de dos días, Hankl, esto es un simple trineo de trabajo -acotó Dukkok- Hay que buscar alguna población donde puedan ayudarnos.

-Trata de hacerte notar lo menos posible. Con toda seguridad *El Desesperado* ha salido detrás nuestro, tratando de alcanzarnos.

-Sí, eso dice Fredek, aunque nada ha podido confirmar con exactitud. Los federales todavía no han aparecido en Ventura.

-Me lo imaginaba... Sigue lo más rápido que puedas, Swende, para ponernos fuera de su alcance.

Continuaron así durante algunas horas, siempre hacia el norte, hasta que llegó la mañana: la claridad era aún más tenue que en Ventura cuando, a setenta y cinco grados de latitud norte, arribaron a la isla de Melville después de cruzar un ancho canal. El calor del vehículo dejaba un surco en el hielo, perceptible durante largo rato, que identificaba plenamente su ruta. Ellos lo sabían, aunque no había modo de evitarlo. *El Desesperado* apenas si necesitaba de su radar.

El Artico era, en invierno, todavía un completo desierto. No florecían ciudades y pueblos, como en la próspera zona al sur de Yellowknife, o hasta en la propia Antártida, al otro extremo del planeta. Dukkok detectó dos débiles y confusas señales -que parecían proceder del mismo casquete polar- y una conversación que se desvaneció de pronto, proveniente de dos emisores situados hacia este, en la isla de Ellesmere quizás. El viento, que se había hecho más intenso, dificultaba la recepción. Desde Ventura le confirmaron sin embargo que sus perseguidores habían robado un trineo de regular calidad y que sus ocupantes eran sólo dos. Les llevaban una media hora de ventaja, unos treinta o cuarenta kilómetros en el mejor de los casos.

Hankl Ozay, inflexible, seguía trabajando. A pesar de la somnolencia de Iya -que ya en poco colaboraba- continuaba revisando sus Confesiones, anotando observaciones y comentarios, corrigiendo lo ya escrito. Hacia las tres, cuando todos dormitaban y ya se había desvanecido la débil claridad del sur, Swende se alarmó. Un viento cada vez más intenso le hacía perder con frecuencia el control del trineo. Despertó a Dukkok y, pronto, tuvieron que enfrentarse a un pavoroso desafío: la tempestad barría la planicie de hielo despiadadamente, sin encontrar obstáculos a su paso, amenazando con destruir al vehículo, frágil frente a la intensidad

de los elementos. No había ahora nada que pudiese protegerlos, estaban ya sobre el propio Océano Glacial Artico.

Durante dos horas la muchacha de los largos cabellos batalló contra el aire poderoso. Dukkok, cuando podía, la ayudaba: pero había que ser un experto para dejar que el viento arrastrara el trineo sin perder el completo control sobre el mismo y sin gastar, además, demasiado combustible. La visibilidad era ya prácticamente nula y el único consuelo consistía en saber que nada había hacia adelante, nada contra lo cual chocar o estrellarse, sino la uniforme inmensidad del hielo.

Iya, sin ningún pudor, temblaba de miedo. Hankl estaba otra vez profundamente ensimismado, tal como luego del ataque a su casa. Comenzó a vomitar en silencio, con lágrimas en los ojos.

-Cuanto tiempo puede durar una cosa como esta, Swende?

-No sé, Iya, estamos ya fuera de todo cálculo.

-Crees que este trineo podrá resistir?

-Un poco más, no sé. Trata de no angustiarte, en el peor de los casos nos rescatarán.

-No lo creo ¿cómo sabrán de nosotros?

Y era verdad. La tecnología no bastaba para permitir la comunicación en medio de la ventisca y estaban muy lejos de todo, completamente al margen de los rumbos transitados.

-No importa eso, Iya, resistiremos. Tenemos que luchar, en realidad no hay otra posibilidad... no podemos regresar a ninguna parte en estas condiciones.

Poco después hubo un golpe de viento excepcionalmente intenso y, entonces, el trineo volcó. Su fuerte exterior no sufrió daño, porque era de una sola pieza de plástico resistente, sin fisuras, pero dos reactores se desprendieron y un deslizador se quebró. Así era imposible seguir. El aire era como una cortina blanca, que impedía la vista, y las diminutas fracciones de hielo que arrastraba se fueron acumulando sobre el borde del golpeado aparato.

Esperaron en silencio, replegados sobre sí. Toda comunicación con el exterior estaba interrumpida y el vehículo, en esos momentos, sólo les ofrecía el mínimo de calor necesario para no congelarse.

Al cabo de un tiempo que les pareció inconmensurable la tormenta fue amainando. El hielo casi los había cubierto por completo pero pudieron abrir una puerta y comenzar la laboriosa faena de desenterrar la máquina. A lo lejos, con alguna esperanza, divisaron una luz: podía tratarse de alguna estación científica. Era imposible saberlo con certeza porque la radio -que Dukkok trataba de hacer funcionar desesperadamente- sólo captaba confusos rumores. La oscuridad era absoluta.

Viendo que los esfuerzos de Andreas no daban resultados concretos Iya, impaciente, propuso:

-Deberíamos marchar hacia allí, ¿no creen? Tal vez puedan ayudarnos a reparar esto.

-Espera un momento, creo que ya puedo captar algo.

Pero sólo se escuchaba un ruido crepitante, que parecía llegar desde muy lejos, no de aquel sitio de donde provenía la luz.

-Me temo que esta no es una estación científica -dijo Swende, alarmada-. Tendrían una señal de prueba, o de rescate, o algo parecido; estarían transmitiendo. Tal vez sea un trineo extraviado...

Dijo lo último con voz trémula, que delataba su temor. Dukkok le respondió:

-Sí, hay que tener cuidado, podría tratarse de Singh... Y es probable además que esté cerca: la luz de un Sled-31 es bastante débil.

-En cualquier momento pueden sacar su láser. Deberíamos protegernos -añadió Iya, que había perdido súbitamente el ánimo ante tan frustrante posibilidad.

Pero, en ese mismo instante, mientras trataban de determinar la mejor forma de actuar en esa difícil situación, comprendieron que algo terrible había sucedido: Hankl ya no estaba. Había partido silenciosamente, tomando unos esquíes sin motor que había en el trineo y, con pericia, se había impulsado en dirección a la luz. Había llegado a la conclusión, como después lo hicieron los demás, que la luz provenía del extraviado

vehículo de Rashawand. Swende y Dukkok salieron tras él, de prisa, pero ya a alguna distancia; no tenían forma alguna de alcanzarlo porque iban a pie, fatigosamente, hundiéndose en la blanda nieve recién caída. La oscuridad era tal que sólo podían divisarlo porque proyectaba su larga sombra ante la débil luz. Cuando por fin se acercaron a él, dando un pequeño rodeo para aproximarse, tratando de que no los descubrieran, vieron algo que los estremeció y los detuvo. Rashawand Singh, *El Desesperado*, empuñaba con decisión su láser apuntando al profeta. Estaba recostado sobre los restos de su trineo, que se había literalmente partido en dos. El otro individuo yacía dentro de la inútil máquina, aparentemente sin vida.

Dukkok estaba armado, aunque con una simple pistola deportiva, pero tenía un ángulo favorable y la posibilidad de tomar por sorpresa al *Desesperado*. El diálogo que escuchó, por momentos deformado por las máquinas traductoras, lo decidió a permanecer inmóvil.

-No, estás equivocado -decía Hankl-, mi muerte sólo servirá para dar más fuerza al movimiento. ¿Cuándo has visto una religión sin mártires? ¿Crees que has ganado algo, acaso, matando al pobre Will?

-Yo no lo maté. Y no intentes disuadirme, infeliz. Sé que eres un perverso que te aprovechas de los instintos de la gente común para tus fines. Sólo quieres poseer poder para compensar los años de soledad y de monotonía que has pasado en el espacio.

-Monotonía no es la palabra, Rashawand -por momentos Hankl, aunque polemizando, hablaba con extraordinaria dulzura. Parecía olvidar por completo la presencia del siniestro láser-. Es algo mucho peor. Diría que es desesperación, y no pienses que lo digo para burlarme de tu nombre. Pero tuve que soportarlo solo, creándome mi propio mundo, un mundo de lectura y de meditación. Escuché la voz de muchos hombres que escribieron sobre sus dolores y sus angustias. Traté de comprenderlos. Leí hasta un documento publicado por tu secta hace unos veinte años. Si me guiase simplemente una ambición de poder hubiera terminado loco, como acabaron los otros, o habría aceptado lo que me proponían al regreso: un buen papel en la Administración Planetaria, cómodas asesorías, hasta el destino político que me brindaba la publicidad que se hacía con mi nombre.

*El Desesperado* escuchaba, absorto, sin reparar para nada en el viento helado que mordía sin piedad su pierna casi descubierta, a la que el traje ya no podía proteger. Pero insistía:

-Sólo intentas justificarte, perro. Propones una vida libertina para ganarte el favor de los que son como bestias. Reniegas de Dios.

-Ayer mataste a mi mujer y hoy estoy solo, en medio del Artico, con unos pocos amigos: ¿a eso llamas tú libertinaje?

-No fue a ella a quien quise matar, tú lo sabes.

-Pero eso no modifica en nada la realidad, tú también lo sabes. Mátame ahora, pero antes escucha: no puedes cambiar al hombre si no lo aceptas primero como es, si lo conduces por un camino de prohibiciones y de magia, como si fuese un niño. Yo no propongo ningún libertinaje: pero me niego a crear una religión cuyo papel principal sea el castigo, la represión, la censura.

-No me convencerás tan fácilmente -dijo con amargura Rashawand-, no he llegado hasta aquí tan sólo para conversar.

-Tan poco sentido tiene matar aquí como en cualquier otra parte -Hankl Ozay miró entonces hacia el destrozado trineo y preguntó:- ¿Tu compañero está muerto?

-Sí. Se fracturó el cráneo cuando la tormenta quebró el trineo.

*El Desesperado*, era obvio, se sentía confundido. Bajó el láser, que mantuvo junto a su cuerpo, y caminó unos pasos hacia donde estaba Orhenin. Todos se acercaron: no cabía ninguna duda acerca de la suerte corrida por el muchacho. Hankl habló, pausada y firmemente:

-Quiero proponerte algo, aunque te parezca insensato. No podemos dejarte solo en un lugar como éste, ni tú puedes seguir por otros medios. Vente con nosotros.

Rshawand lo miró en silencio, con una expresión de sorpresa tal que resultaba como la misma caricatura del asombro: sus ojos negros abiertos completamente, la boca entreabierta, como a punto de decir algo, no se sabía bien si un insulto o una palabra de agradecimiento. Dukkuk, a pesar de las circunstancias, tuvo por un momento ganas de reír.

-Si no cooperamos todos moriremos, entiendes -se atrevió a decir Swende, temiendo un rechazo de ese extraño hombre-. La próxima estación puede estar a cientos de kilómetros.

-No me importa morir, y tú lo sabes.

-Es simplemente una cuestión de sentido común -continuó Andreas Dukkuk en tono suave.

-¡Jamás pactaré con ustedes! No voy a rendirme ni a entregarme.- Dirigió su mirada hacia su mano, que aferraba todavía el arma.- Puedo defenderme... o aniquilarlos.

-Pero no quieres -añadió Hankl-. Y sabes que es mejor así: de nada sirven las tragedias. Comprende, Singh, no es tiempo de combatir.

*El Desesperado* no respondió y se agachó ante el cuerpo exánime de su compañero, murmurando unas oraciones. De pronto levantó algo su mano y, sosteniendo el láser firmemente, lo hizo funcionar con suavidad. Todos se sobresaltaron; Dukkuk, incluso, alcanzó a desenfundar su arma. Pero el rayo se dirigía hacia abajo penetrando, más allá de la nieve superficial, en la cristalina dureza del casquete polar. Pronto, trabajando con método, *El Desesperado* logró abrir una especie de cavidad que podía servir para sepultar a Orhenin. Los demás, comprendiendo el sentido de la ceremonia, lo ayudaron como pudieron, con herramientas improvisadas, a perfeccionar la fosa. Rashawand alzó la mirada hacia ellos pero nada dijo. La tarea era casi imposible por la dureza del hielo aunque, al cabo de un rato, lograron un resultado más o menos aceptable. En tono bajo Rashawand terminó sus plegarias, su figura alargada destacándose contra la vastedad de océano helado. El viento frío golpeaba inclemente sobre su traje, que ya no protegía para nada a su pierna izquierda.

El había vivido con intensidad esos últimos días: primero en la tenaz y agotadora marcha hacia Ventura; luego en esa obstinada persecución que su vehículo, más lento, no lograba hacer con efectividad; finalmente, ante la violencia inacabable de la tormenta, había asistido impotente a la muerte de su compañero y la destrucción de su trineo, al estruendo con que éste se había quebrado después de rodar sin control. La discusión con el profeta, el enfrentamiento decisivo que tanto anhelara, no le había aportado satisfacción sino mayor incertidumbre. Por eso ahora, concluida la ceremonia informal sobre la tumba de su

discípulo, el dolor de su cuerpo maltratado pudo manifestarse en toda su intensidad. Su voluntad lo abandonó súbitamente. Hizo un gesto apenas disimulado de dolor, al sentir que su pierna ya no podía sostenerlo y se desvaneció en la implacable oscuridad.

Antes de que alcanzase a caer ya Swende lo sostenía, con algo de maternal ternura, mientras decía a los otros:

-Creo que ya no hay tiempo para las discusiones. Tenemos que llevarlo inmediatamente hasta nuestro trineo.

Rashawand despertó unas horas después y, para su sorpresa, descubrió que todavía tenía el láser en su funda, al lado de su cuerpo. Una cara negra y afable lo miraba con preocupación:

-Deberá disculparnos, hermano -le dijo Iya- pero este es un simple trineo y aquí no tenemos máquinas médicas. Algo malo pasa con su pierna.

-Me lo supongo; me ha despertado un intenso dolor, pero ahora ya no la siento en absoluto.

-Creo que se le ha congelado.

- Nos perdonarás, Rashawand, pero creo que no teníamos otra alternativa -agregó Hankl-. Tomamos un deslizador de tu trineo y se lo ajustamos a éste, aunque no calzó del todo bien. Nos pareció que debíamos traerte con nosotros, a pesar de no tener tu consentimiento, porque no podíamos dejarte abandonado en el hielo. Pero quiero que sepas que eres completamente libre, no pretendemos retenerte.

-¿Adónde nos dirigimos?.

-Eso es lo malo: no lo sabemos. -Dijo Dukkok.- Hemos captado una señal un tanto imprecisa, y allá vamos. Tenemos comida para dos o tres días, pero el combustible, en estas condiciones, se va a acabar en pocas horas.

El viaje se desarrollaba lentamente. Con sólo un reactor en funcionamiento y deslizadores inadecuados la máquina, aún en ese terreno casi llano, se desplazaba con dificultad. No sabían tampoco, realmente, donde se encontraban, puesto que el Artico no es más que un océano congelado: no existen en propiedad accidentes geográficos

ni referencias visuales que orienten al viajero, especialmente durante el largo invierno que es sólo noche y frío. Ningún tipo de brújula podía servirles allí, precisamente tan cerca del polo magnético, y las estrellas remotas -que ahora se veían- eran también inescrutables. Por eso se movían como a tientas, apenas si guiados por las vacilantes señales que recogía la sencilla radio del trineo, y sentían el desasosiego de saberse abandonados a su suerte.

Durante muchas horas viajaron así, a moderada velocidad, cuidando de no apartarse de la línea recta que -en todo caso- los llevaría alguna vez hasta tierra civilizada. Hankl trabajaba a veces, agregando algunas ideas a lo escrito y haciendo ocasionales comentarios a Iya. Este, que había recuperado en algo su presencia de ánimo, se veía sin embargo poco atraído por discusiones religiosas, filosóficas, o de cualquiera otra índole. Se lamentaba más bien para sí mismo de los escasos conocimientos de geografía que poseía, pues hubiese querido saber a qué distancia se encontraba la próxima tierra habitada, las dimensiones del océano que atravesaban y un sinfín de cosas que nunca antes le habían interesado.

Después de permanecer un largo rato en silencio, Rashawand comenzó a hablar. Sus dolores habían disminuido, gracias al potente analgésico que le habían proporcionado, pero su cuerpo entero acusaba ya los rigores de la intensa aventura. Para olvidar, para entender los hechos, se decidió a interrogar a Hankl.

-Qué escribes, el nuevo libro sagrado?

-Sabes, por mi mente pasó muchas veces esa idea, pero la he rechazado. Hay demasiados libros sagrados. Los tuve junto a mí el tiempo suficiente como para conocerlos bien. Incluido el *Adi Granth*. Quiero que los demás conozcan por lo que pasé, simplemente, y difundir algunas ideas que tuve mientras reflexionaba en mi cápsula. Nada más.

-Pero eso podrá sacralizarse también, convertirse en un Corán para los que te siguen, no es verdad?

-Sí, lo sé. Pero trataré de que haya una diferencia: el libro tiene que ser simple, escrito por un hombre cualquiera, no como si fuese dictado por un dios o un demiurgo.

-Encuentro mucha soberbia en tu modestia, y perdona que te hable así cuando acabas de salvarme la vida.

-No hay que tomarlo de ese modo, Rashawand. Puede decirse que tú también me la has salvado a mí, puesto que no quisiste disparar cuando podías.

Siguieron adelante, con Swende siempre en el control y Dukkuk a cargo de las comunicaciones. Para su desgracia, la confusa señal que percibieron rato antes se había desvanecido por completo y la radio, careciendo de una antena adecuada, sólo alcanzaba a captar rumores sin sentido. El terreno no ofrecía demasiadas dificultades para avanzar - aquí o allá algunas pequeñas crestas que se formaban sobre la dilatada superficie- pero el vehículo marchaba mal: el esquí izquierdo era más débil y pequeño que el otro y ello producía un andar irregular, una tendencia a derivar de lado que debía ser compensada manualmente. Era un esfuerzo agotador el que tenía que hacer Swende para manejar un trineo tan sensiblemente dañado. La potencia, por otra parte, apenas si era la mínima indispensable para una marcha de mediana velocidad.

Antes que transcurrieran dos horas hubo, por ello, otro percance. El deslizador se soltó y tuvieron que trabajar duro para amarrarlo medianamente otra vez. Todo parecía oponerse a los viajeros: la pérdida del rumbo, la oscuridad, las pésimas condiciones de la máquina. Andreas, trabajando casi con rabia, aprovechó la parada para mejorar, con los materiales a su alcance, la antena exterior del transporte. El resultado fue alentador: pronto comenzaron a recibir una señal bastante nítida, que al menos tenía continuidad; parecía provenir de alguna estación científica no muy distante. Gracias a ello pudieron corregir el rumbo y Dukkuk inició, sin demora, sus llamadas de socorro.

Entretanto, los tres hombres del asiento de atrás parecían haberse desentendido del mundo. Hankl había caído otra vez en una especie de ensoñación letárgica, silencioso, la mirada vacía. Rashawand también callaba, sin poder superar el dolor que le producía su pierna y sin que los sedantes que le dieran lo ayudasen ya demasiado. Iya, por último, después de colaborar en la colocación del deslizador, se había rendido otra vez al sueño. De nada servían sus reparos y sus lamentos, de todos modos, pues poco conocía del mundo en que se encontraba.

Las paradas, al poco tiempo, tuvieron que hacerse más frecuentes: el deslizador volvía a soltarse, el reactor debía ser ajustado, hasta la antena perdía la orientación adecuada. Llegó un momento, por fin, en que el trineo pareció abandonarlos por completo. Era ahora el deslizador derecho -el que traía originalmente el vehículo- el que se había

quebrado ante una saliente de hielo que Swende no pudo esquivar. Desolada, rendida, ella soltó los mandos y se llevó las manos a la cara: llevaba treinta y seis horas conduciendo. Se recostó sobre el pecho de Andreas y éste la abrazó.

-Eres la mujer más valerosa que conozco -le dijo con voz dulce.

Estaban a punto de sollozar cuando Iya, sobresaltado, se despertó:

-¿Qué es ese ruido? ¿Qué pasa ahora?

Ellos no habían comprendido todavía que la radio, por fin, les respondía su llamada. Una voz monótona repetía un mensaje en que se pedía la identificación y la posición de la nave. Llorando de alegría respondieron a coro y luego, con más calma, continuaron en comunicación mientras el rescate se acercaba. Tardaron casi dos horas infinitas en llegar porque vinieron en un vehículo pesado, espacioso, en donde todos podían acomodarse bien y existía la posibilidad de atender de inmediato al herido.



## 9

### F

Comenzaron a reunirse sin que nadie los convocara, expectantes, tratando de reconfortar a Ana mientras esperaban que quedasen atrás las horas de alarma y de perturbadora tensión. El primer día, poco después de la cremación del cadáver de Will, lo hicieron en la casa de s'Mou. A pesar de los amplios y alegres ventanales azules había en la sala una atmósfera depresiva, pues aún llegaba hasta ellos el brutal recuerdo de la persecución. Ambarisain, un joven peregrino que enseguida se mostró apasionado y eficaz, se unió al grupo que formaban apenas unas pocas personas más: Jeram, John Uttar, un sobrino de s'Mou.

Pronto Ana demostró que era una mujer de temple. No olvidó lo de Will -quien hubiese podido hacerlo- pero se empeñó en que su proceder estuviese guiado por la más estricta cordura: no hubo lágrimas, ni lamentaciones, ni una actitud que invocara la protección de los otros. Fue ella quien -en los siguientes días- se mantuvo en comunicación con Ventura, ella quien presidió las sucesivas reuniones de trabajo, la que asumió el desafío de acoger en Yellowknife a los incesantes peregrinos y

de seguir en contacto con ellos cuando se marchaban para propagar la nueva fe. Antes de una semana pudieron reiniciar las sesiones de un culto que, gracias a sus esfuerzos, y también a las frecuentes conversaciones con Hankl, iba adquiriendo poco a poco un perfil más definido y completo.

La ausencia del profeta, para sorpresa de quienes regresaban de Ventura, no había disminuido en absoluto el increíble crecimiento de la nueva religión. La afluencia de peregrinos en realidad aumentaba, a pesar de que ellos bien sabían que no podrían asistir a las prédicas de Ozay. Llegaban de todas partes, curiosos o llenos de fervor, abjurando de sus creencias o tratando de encontrar el maravilloso vínculo que las hiciera compatibles con el nuevo mensaje. Una especie de mágica aureola iba rodeando la existencia del profeta, de ese hombre del que pocos sabían su paradero y de quien casi nunca hablaba la TVD, pero que era capaz de vivir fuera de las rutinas y de las normas convencionales, abominado por sus enemigos pero siempre sereno y dueño de sí mismo.

Los Hanksis de Yellowknife disfrutaron brevemente del dulce placer de trabajar en calma, porque la paz duró poco: pocos después, una noche memorable, llegó por el compucom el desesperado mensaje de Ferra. Fue una noticia confusa, porque nadie en Ventura parecía conocer con precisión lo sucedido, que alarmó otra vez a Ana cuando ya creía superados los momentos oscuros de los últimos días. La misteriosa marcha del profeta hacia la soledad del Artico y la renovada presencia de *Los Desesperados* no alcanzaron, sin embargo, a debilitar su voluntad. Y pronto, antes de que se consumara la partida de Hankl hacia un destino incierto, llegó la tranquilizadora voz de Dukkuk. Aun en aquellas circunstancias él tuvo el valor de reducir los hechos a sus exactas dimensiones y la presencia de ánimo para transmitir también el plan de organización que acababan de aprobar pocos minutos antes. Con voz firme recalcó:

-Ana, no sé cuanto va a durar esto, honestamente, a tí no puedo engañarte: Hankl está muy afectado, está mal, ha sido algo terrible para él. Pero nosotros debemos continuar.

-No te preocupes, Andreas, yo me haré cargo... cualesquiera sean las circunstancias yo seguiré adelante.

-Es muy importante que en ausencia de Hankl haya una cabeza visible en nuestro movimiento, entiendes, alguien alrededor del cual se pueda ir

creando nuestro Consejo Ecuménico. Y esa persona debes ser tú, Ana, no hay otra alternativa. Eres la única capaz de hacerlo.

-¿Pero dime, es eso lo que realmente han decidido?

-Ana, no hay nadie en estos momentos que pueda decidir aquí cosa alguna. No hay tiempo aquí para reuniones.

-¿Lo has conversado al menos con alguien?

-Con Gwani; Swende también está de acuerdo y se lo he dicho a Ferra y a algunos otros. Nadie se va a oponer, te lo aseguro.

Ella, de algún modo resignada, aceptó confiando en que todo fuese provisorio.

Poco a poco fueron arribando los peregrinos que regresaban de Ventura, pues nada cabía ya hacer allí salvo mantener las comunicaciones. Algunos venían angustiados y paralizados por los hechos, otros con la mística de quien se siente llamado a realizar obras inmensas. Nadie, por paradójico que pudiese resultar, se sentía abandonado u olvidado por su joven profeta.

Ana convocó de inmediato a aquellos que, por un motivo u otro, le inspiraban más confianza como integrantes del futuro consejo. Algunos acudieron también por sí mismos, sin esperar el llamado, pero ella nada objetó: se sentía aún algo insegura en su papel de rectora, encabezando un movimiento que la desbordaba por su vastedad, confusa ante la rapidez de los sucesos. Todo resultaba un poco perturbador para esa mujer delgada, de finas líneas en su rostro, que nunca había tenido responsabilidades en ninguna institución. Pero Ana, sin que ella misma lo supiera, tenía el don de convencer y de guiar, de inspirar confianza y respeto en los demás.

Las reuniones informales entre amigos y conocidos comenzaron a ser, a partir del mensaje de Dukkuk, parte de algo más trascendente. Las palabras -pensó Ana- tendrán ahora otra densidad y significado, otro color, pues serán parte de la historia que escribimos con nuestros actos. La responsabilidad le resultaba en verdad excesiva, pero se dispuso a sobrellevarla porque encontró en ella un modo de abrirse hacia los demás, de superar el deprimente recuerdo de ese asesinato que había cambiado por completo su vida.

Estaban nuevamente en el salón de la residencia de s'Mou, una habitación clara, espaciosa, decorada con exquisito gusto. Ante sí, Ana tenía las caras -plácidas o tensas- de muchos compañeros de lucha; a casi todos conocía. Comenzó a hablar en voz baja, como era su costumbre:

- Hermanos, he propuesto que nos reuniéramos hoy aquí, en casa de nuestro querido s'Mou, para que asumamos con plenitud la tarea que nos ha encomendado Hankl. Durante dos días hemos hablado de la preocupación que todos sentimos por su suerte, de la falta de noticias acerca de su rumbo. Pero es preciso dejar a un lado la ansiedad y emprender el trabajo: llegan hasta mí infinidad de peticiones que debemos atender, mientras se forman nuevos grupos de ecumenistas estelares en todas las regiones de la Confederación, hasta en las colonias de Titán. La gente necesita consejos, orientación, una palabra de aliento o tal vez un mandato. Tenemos que tomar decisiones ahora, para no interrumpir la corriente de esperanza que brota por doquier, afrontar el riesgo de equivocarnos, aceptando que por un tiempo no podremos contar con la palabra de Hankl. No somos todavía el Consejo Ecuménico que el Profeta ha querido que exista, pero somos al menos los depositarios de la confianza del maestro que nos guía.

La reunión discurrió sin dificultades durante un rato, mientras se trataron asuntos prácticos que debían resolverse sin dilación: el sitio de los nuevos encuentros, la construcción de un templo al lado del antiguo galpón minero, el uso de los fondos. Pero cuando se pasó a decidir quienes integrarían el Consejo Ecuménico se insinuó la primera dificultad: todos reconocían que el número de participantes -unos cuarenta- se había hecho en verdad excesivo, pero casi nadie quería ceder su puesto. Se aceptó por fin la sugerencia de Ambarisain para que los miembros quedasen limitados exactamente a veintiseis:

- Ese es el número de la estabilidad y del hierro -dijo con entusiasmo- que queremos para nuestra religión. La permanencia y la fortaleza que estarán con nosotros.

Finalmente, y en ausencia de algún criterio común para hacer la selección, la última palabra fue concedida a Ana. Ella, prudentemente, prometió elaborar una lista que consultaría con Hankl.

El problema de la composición del consejo fue el primero que se presentó a los hanksis pero, en definitiva, no fue el más grave. Algunos prefirieron apartarse de lo que vislumbraron como una disputa por el poder que no concordaba con la transformación espiritual que

experimentaban; otros, con algo de aventureros o quizás más apegados a su tierra, escogieron los riesgos pero también las promesas de la labor misionera. Finalmente la decisión quedó en suspenso, sin que se presentasen verdaderas divergencias.

Al siguiente día, sin embargo, surgió nuevamente una situación de tensión. Esta vez la discusión fue más larga, más ácida, más plena de consecuencias. Se trataba de aceptar o no la inclusión de un grupo japonés que, sin renunciar al shinto, pretendía incorporarse a la religión estelar. Había quienes pensaban que eso era simplemente un rezago de los cultos que debían superarse, una forma de convivencia con el politeísmo que resultaba inaceptable. Otros, en cambio, destacaban la plasticidad que asumía lo sagrado entre los cultores de la religión del Japón, su larga práctica del más ecuánime sincretismo. En la discusión se mencionaron, desordenadamente, otros temas: la tensión entre dos grupos estelares de Río de Janeiro que desconocían mutuamente su legitimidad, el concepto de Dios, las teorías de Houth sobre las tres dimensiones del tiempo.

No se llegó a ninguna determinación sobre el caso: los miembros del consejo, en gran parte, no respondían bien al calificativo de sabios que para ellos reclamaba Ozay, y muchos no habían oído hablar jamás del shinto o de las mutaciones cósmicas del tiempo. Pero, como trasfondo de todo aquello, quedó esbozada una discrepancia fundamental: había quienes pretendían hacer del ecumenismo un culto incompatible con cualquier otra creencia preexistente, una organización jerárquica que trazara firmes límites a lo que pudiera considerarse como correcto; había otros que sostenían una actitud más amplia y tolerante, aceptando que cada religión podía ser una senda hacia la verdad y que el individuo - libremente- era el llamado a decidir sobre el camino de su realización; algunos consejeros confesaron que, a pesar de la magnitud del problema, no habían reflexionado nunca acerca de ello. Ana, descorazonada, salió acompañada de Gwani, quien esa misma mañana había regresado de Ventura. Le habló con un tono sombrío, que revelaba su desconcierto:

-No estoy acostumbrada a estas cosas, Gwani, me afectan de un modo demasiado intenso. Las discusiones me desagradan, especialmente cuando se vuelven tan ásperas.

-No te preocupes, amiga, todo se irá resolviendo poco a poco. Te ha tocado un trabajo difícil, lo sé, pero en realidad tú has conducido la reunión muy bien. Piensa que cuando regrese Hankl será más sencillo

llegar a ponernos de acuerdo. A veces la fe produce estos apasionamientos tan poco constructivos.

-Tengo miedo Gwani, eso es lo que sucede. Tengo miedo de que nuestro movimiento se desangre en grupos enfrentados, que se sectarice como tantos otros y termine por desaparecer esta gran esperanza.

-No lo creo. Todos tendrán que aceptar en definitiva lo que decida Hankl.

-Ojalá regresase pronto. Presiento que el deseo de poder está como latente detrás de esas caras agradables y esas palabras suaves, que hay muchos que quieren hacer de esto una iglesia cerrada, con sus cánones y sus jerarcas, y no una comunidad de hombres libres.

-Es verdad, pero también hay razón en sus palabras: no podemos crecer si no tenemos una defensa ante los mitos del pasado, si no nos constituimos en una fuerza capaz de oponerse al peso muerto de la tradición. Por eso me gusta el plan de Dukkuk.

-No se trata del plan, Gwani, ni siquiera de lo que diga Hankl; es algo más profundo. Se trata del modo en que diversas personas interpretan a veces las mismas cosas.

Caminaron, meditando cada una en sus propios pensamientos, sobre la blanca calzada. El mundo parecía ahora diferente para las dos, profundamente cambiado, como si se hubiese llenado de promesas y de desafíos de los cuales, meses atrás, no sospechaban siquiera su existencia.



## 10

### Ne

Florián Dowwe se había edificado una reputación ambivalente: muchos lo consideraban un intrigante, un deshonesto y malévolo politicastro que sólo alimentaba las más egoístas ambiciones; muchos otros, y hasta a veces los mismos, veían en él a un idealista, a un hombre capaz de renunciar a todo con tal de no traicionar su pensamiento. Su éxito se debía, en definitiva, al arte de poder combinar con inteligencia tan opuestas cualidades: lo había demostrado al renunciar a cargos

ejecutivos de importancia para permanecer en el más discreto Senado Confederado, al insistir en sus puntos de vista aunque quedase aislado, como en aquella memorable ocasión en que su voto solitario se opuso al de los mil ochocientos dieciséis delegados de una Asamblea Federal. Pero también era cierto que, desde el mismo Senado, había logrado ejercer un control efectivo sobre los más encumbrados funcionarios de la Federación y que para ello se basaba en una secreta red de informantes que cubría todo el planeta. A quiénes pagaba Dowwe y de dónde provenían sus fondos era algo que desafiaba, por los momentos, todo intento de investigación.

El senador era la cabeza visible del grupo de quienes, habiéndose opuesto a la Federación en defensa de los intereses nacionales, formaban ahora una nueva fracción que votaba algunas veces con los centralistas y otras a favor de los federalistas, sin subordinarse por ello a ninguna de esas dos grandes tendencias. Su astucia le había permitido convertirse en el auténtico árbitro de muchas situaciones complejas - otorgándole el don de parecer indispensable- porque había comprendido, antes que muchos otros, que las Naciones Federadas sobrevivirían a sus inevitables dificultades iniciales. De nada valía entonces oponerse a su existencia, como hacían los partidos nacionalistas que todavía se empeñaban en perder elecciones en los más diversos rincones de la Tierra. Era más prudente -y más lógico, en definitiva- aceptar la realidad: no podía torcerse a voluntad un proceso de unificación que se había originado hacía ya casi cien años, cuyas raíces podían encontrarse aún en la primera mitad del agitado siglo XX. Lo importante para él -y para muchos otros de los que podía considerarse un líder- era mantener en alto los poderes supremos del Senado Confederado, evitar que cualquier demagogo irresponsable pudiese nunca convertirse en un César, un emperador que dominase el planeta entero. Tanto la doctora Dhurt'senma -con su apariencia apacible- como el fogoso Brownez, eran por ahora los principales candidatos a detentar tan pavoroso poder.

Todas las mañanas, antes de concurrir al Senado, Dowwe solía examinar los últimos sucesos con algunos de sus asesores. Esta vez se hallaba solo con Adaniy, la joven polinesia que se había convertido en su principal asistente, discutiendo acerca de las presiones que ejercían las grandes organizaciones religiosas sobre la impasible doctora Dhurt'senma.

-Ella sigue insistiendo en que protejamos a las religiones tradicionales de los nuevos brotes de sectarismo que se han venido presentando en los últimos años... y en eso, tú lo sabes, no es conveniente exagerar. No es bueno que toda la humanidad se vea obligada a escoger entre seis o

siete inmensas jerarquías burocráticas, en tanto se procura desalentar a otros grupos. Ultimamente está obsesionada con la secta de Rashawand porque los considera algo así como diabólicos, todopoderosos. Si supiera lo débiles que son!

-Florián -dijo después de un largo silencio Adaniy- es raro, pero creo que por esta vez te equivocas.

-No me dirás que tú crees otra cosa... que supones que *Los Desesperados* dejarán de ser algo más que una exótica reminiscencia del pasado -dijo él con vehemencia.

-Por supuesto que no, ellos no tienen mensaje alguno que pueda cautivar al ciudadano moderno, que recibe desde niño una buena educación científica. Resulta anacrónico y hasta un poco grotesco el modo en que insisten en mantener ciertos dogmas. No, no es eso. Se trata de los otros, Florián, de los que siguen a ese astronauta que está como perdido en el Artico. Ellos sí son diferentes -Dowwe frunció levemente el ceño, mostrando incredulidad.

-Tú conoces, seguramente, cómo el cristianismo se difundió a todo lo largo del Imperio Romano, y cómo luchó contra otras religiones hasta que, a pesar de su rechazo al poder establecido, terminó por convertirse en una religión oficial. Nadie pudo detener su avance porque ellos tenían un mensaje realmente universal, que no apelaba a un pueblo en particular ni postulaba un dios semejante a los otros.

-Me extraña que tú hagas esas comparaciones forzadas Adaniy. Sabes muy bien que no tiene sentido buscar similitudes después de dos o tres milenios: el paralelismo comienza a hacerse muy superficial. Yo no lo encuentro, de todos modos.

-Lo que quiero decir es otra cosa: la Federación, lo hemos conversado muchas veces, es más importante de lo que casi todos creen. Somos, o seremos dentro de poco, una especie de Estado-planeta cuyas divisiones interiores sólo interesarán a los técnicos. No hay todavía ninguna religión que parezca entender esto ¿no crees?, que asuma nuestra cultura científica actual y que acepte de una vez que ya no existen las viejas barreras que se levantaban entre Oriente y Occidente.

-No lo veo tan importante... los cristianos y los budistas, por ejemplo, parecen adaptarse muy bien a ese sentido universal que tiene la Federación.

-Sí, pero sus rituales, sus palabras, pertenecen a un pasado por completo lejano y no se adecúan al racionalismo del hombre moderno. Son religiones que se han quedado ancladas a otro mundo, a un mundo antiguo e ignorante, no al que vivimos hoy.

-Bueno, pero vienen resistiendo bastante bien el embate del pensamiento científico, por ejemplo. No sé,... perdona, pero no me parece una idea brillante. ¿Cuántos estelares, o como se llamen, existen hoy? ¿cuántos templos tienen?

Ella, obediente, consultó enseguida el compucom.

-La máquina registra entre doscientos y trescientos mil seguidores. Unos sesenta templos, desde Siberia a la Patagonia.

-Eso es ínfimo.

-No llevan ni dos meses trabajando en serio, tú lo sabes. La mayoría de sus adeptos no ha tenido siquiera el tiempo que necesita para registrarse. ¿Te parece poco todavía?

-Bueno, lo acepto, es prematuro hablar de cifras. Pero tampoco veo muchos hechos a favor de tu teoría.

-Si Rashawand llega a hacer de Ozay un mártir se extenderán velozmente, te lo aseguro. Las circunstancias juegan a su favor, y ahora sólo necesitan alguna cosa que los presente ante el mundo como víctimas propiciatorias. Van a crecer velozmente, te lo aseguro, sobre todo a expensas de las religiones monoteístas.

-Ese hombre se ha mostrado singularmente torpe. Se dejó arrastrar a una provocación estúpida, amedrentó a esa aldea remota con sus láseres y todavía dejó que capturaran a su mejor ayudante. ¿No has podido comunicarte con él, o con Dukkuk?

-Imposible. Sólo he podido tener una breve conversación con ella, su discípula; se llama Warani y se ha negado a darnos ninguna información. Lo único seguro es que Rashawand juró seguir al trineo de Ozay aunque tuviese que caminar hasta el mismísimo fin del mundo.

-Pues debe estar caminando, el muy estúpido, en esas islas heladas. Bueno, creo que ya es hora de partir, la sesión está por comenzar. Trata de rastrear el Artico otra vez, a ver si somos los primeros en lograr alguna noticia.

La sesión no resultó interesante hasta que, hacia las once, un senador del grupo federalista -pero opuesto a Brownez- propuso una enmienda al Acta de Migraciones del Pacífico. Dowwe encontró positiva la idea: era un modo de evitar las transgresiones al Acta, que amenazaban con quitarle todo su sentido, y de censurar a la Presidente del Consejo sin otorgarle más poder a su enemigo. Se preparó para intervenir en el debate. Cuando ya faltaba poco para que pudiese exponer sus razones ante la cámara, recibió una llamada privada. Debía ser algo de evidente importancia porque, para sorpresa de todos, abandonó precipitadamente la sala intercambiando sólo unas pocas palabras con el senador que tenía a su derecha. En su oficina se encontró con la cara radiante de Adaniy:

-Los he localizado. Es algo increíble!

-A quiénes has localizado?

-Bueno, no yo. Ha sido Palih, el muchacho experto en transmisiones. Los hemos encontrado a los tres: están juntos en una estación científica cercana al Polo Norte.

-No entiendo... -el senador comenzaba a exasperarse mientras ella, gozando con esos segundos de incertidumbre, se empeñaba en mantenerlo en suspenso. Entrecerró los ojos y, contando con los dedos, pronunció claramente las palabras:

- El Desesperado, el nuevo profeta,... y nuestro viejo amigo Dukkuk. Sí, están juntos, aunque parezca cosa de ficción. Han tenido una terrible aventura y se han salvado por poco de morir en el hielo. Pero hay más: Dukkuk habla como si se hubiese convertido al grupo de Ozay.

-Están bien?

-No del todo. Rashawand esta herido en una pierna y el acompañante suyo murió durante una tormenta. Hankl está muy débil, según parece. - Adaniy seguía sonriendo con malicia, disfrutando de la información que poseía-: Estaban en un trineo averiado junto con otros dos estelares cuando los rescataron, pero a ellos no pude identificarlos bien.

-Parece una broma. ¿Por qué dices que Dukkuk se ha convertido? ¿Qué hablaste con él?

-En realidad no mucho; fue el jefe de la estación experimental quien más conversó conmigo. Dukkok parecía muy interesado en transmitirte un mensaje.

Con paciencia, porque el Polo Norte no era fácilmente accesible ni aún para el compucom, establecieron contacto. Los atendió un joven ingeniero biológico, que llamó de inmediato a Dukkok.

-Salud, senador Dowwe. Me agrada mucho que haya tratado de comunicarse con nosotros.

-¡Salud! ¿Cómo se encuentra, Dukkok?

-Bueno, bastante bien ahora. Nos han recibido magníficamente, pero el viaje ha sido terrible. Nunca imaginé que el Artico fuese tan duro.

-¿Qué sucedió, cómo es que está allí con Ozay y con *El Desesperado*?

-La historia es demasiado larga como para que pueda contársela ahora en todos sus detalles. Rashawand nos perseguía desde Ventura cuando quedamos atrapados en medio de una tempestad. A nosotros nos pareció el fin del mundo, aunque la gente de la estación dice que fue apenas una ventisca, y que aquí una auténtica tormenta puede durar días enteros. Rescatamos a *El Desesperado*, que está herido, y lo trajimos con nosotros.

-¿Es verdad que es ahora un "estelar", o como ustedes se llamen a sí mismos?

-Sí, senador, sin duda alguna. Yo prefiero el nombre de Hanksi.

-¡Hanksis!... No puedo creer que se haya convertido, Dukkok, no me parece posible. Usted era el hombre menos religioso que yo haya conocido...

-Tal vez usted no me conocía lo suficiente, o tal vez las circunstancias eran otras... no sé. O quizás soy yo el que ha cambiado... Créame, Dowwe, esta religión es distinta, apela a otras cosas.

Dowwe no pudo evitar sonreirse.

-Veo que efectivamente ha cambiado, Pieri. Todas las religiones están obligadas a decir que son distintas. Como los partidos políticos, más o

menos -y agregó, haciendo un gesto irónico-: No vale la pena que intente ahora convertirme a mí!

-Cuando nos conozca mejor, senador, verá que los hanksis tenemos una nueva actitud ante el universo. No somos una secta como tantas, sino la única forma de religiosidad que cabe en el mundo de hoy.

Ahora sí Dowwe rió, abiertamente.

-No se olvide que fui yo quien primero se interesó por Ozay y sus prédicas, Dukkok.

-No, por supuesto, no me olvido. Y recuerdo también que tengo una deuda pendiente con usted. Precisamente hablábamos de eso con Hankl antes del ataque. Puedo enviarle de inmediato, codificada, toda la información sobre nuestra futura organización. Es todavía un proyecto, como verá, pero espero que lo llevemos a la práctica en los próximos meses. Yo mismo hice el plan -sonrió.

-Gracias, envíemelo cuando pueda, ya lo examinaré. Por ahora pienso que hay otras cosas más urgentes que resolver. Hay que arrestar a Singh, por supuesto, pero me gustaría que ustedes no interfiriesen, que dejaran que yo me haga cargo, personalmente, de esa situación.

-De acuerdo, pero debo decirle que él no está bien. Han tenido que amputarle una pierna, que se le había congelado por completo, y las máquinas médicas que hay aquí son un poco atrasadas como para hacer una buena prótesis. -Dukkok titubeó-: Dowwe, no interprete mal lo que voy a decirle, pero no me gustaría que se ensañasen contra ese pobre hombre. Sé que es nuestro enemigo, o que lo fue, pero él es también una persona piadosa... a su manera, por supuesto.

-Me alegra que me hable así, Pieri. Yo no estoy entre los que desean destruirlo, al contrario, aunque comprendo que tendrá que pagar por lo que ha hecho.

-El es más inocente de lo que parece, aunque la maquinaria que ha creado es verdaderamente implacable.

-Bueno, no se preocupe, deje el asunto en mis manos. Espero que ahora, cuando regrese al mundo civilizado, se mantendrá en contacto más regularmente conmigo.

-Sí claro, con todo gusto.

-Una última cosa, Dukkok. Ya que tanto hablan de él, me gustaría conocer a Hankl Ozay... personalmente.

-¿Por qué no? Creo que no se opondrá, aunque tendremos que esperar todavía un poco: él no parece encontrarse completamente bien después de este viaje tan terrible.

-Claro, es comprensible. Lo llamaré pronto.



## 11

### Na

El pesado transporte llegó a la estación, después de rescatar al trineo, con todas sus luces encendidas. Aquello representaba un verdadero acontecimiento para el pequeño grupo de investigadores que vivía en la soledad de las auroras boreales y el conductor hizo sonar ruidosamente las sirenas para mostrar su regocijo.

La base, para sorpresa de los viajeros, se hallaba rodeada de unos arbustos de coloración anaranjada que despedían una suave luminiscencia en la noche polar. Los vieron con asombro mientras uno de los ingenieros les daba una breve explicación:

-Son pequeñas algas que crecen en lo y que aquí se desarrollan enormemente, gracias al calor del verano. Las estamos estudiando desde hace dos años y hemos aprendido mucho de ellas. Tienen un metabolismo que se basa en el vanadio y no necesitan casi luz para seguir vivas: al contrario, algunas mueren cuando llega la época en que no se pone el sol.

Todo el personal de la base los rodeó, apenas se quitaron sus trajes contra el frío, ofreciéndoles una cálida y desbordante hospitalidad. En la amplia construcción subterránea habitaban unas veinte personas, la mayoría expertos en ingeniería biológica y ecología, que aprovechaban las condiciones peculiares del clima para realizar trabajos de experimentación. Varios de ellos tenían ya referencias de Hankl y del nuevo movimiento, aunque no así de Rashawand y sus fallidos propósitos de eliminarlo. La curiosidad ante la insólita aparición los hacía multiplicarse en preguntas, que nadie tenía ánimos para responder adecuadamente: querían saberlo todo, casi con impaciencia, como si

de pronto hubiesen recordado que vivían en un mundo distante y cerrado sobre sí mismo. Dukkok tuvo la impresión de que cualquier persona, absolutamente, hubiera sido bien recibida allí, tanta era la monotonía de la vida y el aislamiento de aquellos hombres de ciencia.

Todos estaban mortalmente fatigados por la aventura y, luego de recibir una atención médica básica, se dispusieron a dormir. Rashawand, sin embargo, tuvo aún que enfrentar otra prueba: su pierna congelada debía ser inevitablemente amputada porque no había ya forma de recuperarla, y era mejor proceder de inmediato. Swende y Dukkok, a pesar del cansancio, se detuvieron un rato ante el compucom. Con inmensa alegría conversaron un rato con Ana para tranquilizarla, enterándose de que la paz había regresado por fin a Yellowknife.

Rashawand Singh era un hombre ascético y apasionado, que vivía para una causa. Se había esforzado por alejar de sí las tentaciones mundanas que impiden el perfeccionamiento interior, emprendiendo un camino de purificación erizado de luchas interiores. No reconocía que la intolerancia fuera, sin embargo, uno de los pecados capitales, y por eso había denunciado públicamente como traición los acuerdos solemnes que figuraban en el Compromiso de Agra. La jerarquía de los sikhs lo había soportado primero con mal disimulado disgusto, pero luego él se había empeñado en ahondar las diferencias, agregando ciertos actos hostiles a sus habituales y vehementes diatribas. Acabó así por constituir una secta independiente, pequeña en número pero pura y aguerrida. Cuando el Gran Gurú Bahadur Singh los acusó de actuar como "guerreros desesperados, impíos y faltos de fe", él tuvo la valentía de asumir plenamente el calificativo, manifiestando: "Sí, nos hemos cansado de esperar piedad y respeto por las sagradas palabras, de esperar el fin de la corrupción y de la venalidad. Nos agrada que nos llamen así: somos *Los Desesperados*".

Pero ahora, en su lecho de enfermo, Rashawand no era el mismo hombre de encendida voluntad y fiero convencimiento que fuera hasta hace poco. La conversación con Hankl Ozay, el candor y la simple religiosidad del profeta, lo habían alcanzado. Y su conciencia se desgarraba: no por el amistoso tratamiento que había recibido -aunque también lo agradecía- sino porque sentía en su fuero íntimo que no podía resolver las dudas que lo atormentaban, que sus creencias fundamentales habían comenzado a vacilar. Por primera vez se sentía extenuado, acosado por las miserias de su cuerpo, y deseaba dormir, indefinidamente. La palidez de su cara, que destacaba más por el intenso color negro de su barba, mostraba las huellas del agudo sufrimiento.

Antes de que pudieran hacerle efecto los sedantes que le suministraran pensó en dos cosas: en que aceptaría sin reservas las consecuencias legales de sus actos y en que la paz sería -de allí en adelante- el núcleo de su mensaje hacia los hombres. Vagamente imaginó también un infierno que era una noche infinita.

El sueño de Andreas Dukkuk fue en cambio breve, erizado de caprichosas pesadillas. Lo despertaron porque la llamada provenía de la capital de la Confederación y porque Adaniy insistió en destacar que se comunicaba en nombre del propio senador Dowwe. Pocos minutos después enfrentó por la pantalla a ese hombre hábil, tenaz, que de algún modo le hizo recobrar la sensación de pertenecer al mundo civilizado. Luego de la conversación, extenuado pero de mejor humor, estuvo en condiciones de descansar plácidamente.

Fue recién hacia la hora de la cena -un convencionalismo, en medio de esa noche perpetua- cuando los cuatro hanksis pudieron departir entre sí nuevamente. Pero no tuvieron la ocasión de disfrutar de los momentos de distensión que normalmente suceden a toda azarosa aventura porque Hankl, lamentablemente, parecía no haberse recuperado. La alegría del reencuentro, por eso, se desvaneció enseguida y reinó en su lugar la incipiente zozobra. Es que algo malo sucedía con Hankl, era evidente: el Profeta no se quejaba, pero padecía un malestar continuo, impreciso, que lo hacía retraerse sobre sí mismo y que por ello resultaba más preocupante para quienes lo rodeaban. Nada diagnosticaron las máquinas médicas, como ocurriera con algunas enfermedades del espacio durante la década pasada, y los biólogos tampoco encontraron ninguna anomalía. Tai Li, la más versada en medicina, coincidió con la opinión de Swende, quien afirmaba que se trataba de un trastorno de origen psicológico derivado de la trágica muerte de Carindha y de la violencia de todo lo que luego le siguió.

Poco más tarde volvieron a comunicarse con Ana. Habían percibido en ella una cierta inquietud que no concordaba bien con las noticias que transmitía, excelentes todas. Pero ella misma lo aclaró de inmediato:

-Oh no! el entusiasmo entre la gente continúa... yo diría que es hasta mayor que antes. Hoy mismo, por ejemplo, según las informaciones que tengo, se han formado al menos unos veinte nuevos grupos, en lugares completamente diferentes. No, no es eso: es que nada sucede como yo lo había imaginado. Temía encontrarme sola, ignorada por un mundo poco predispuesto a oírme y acosada por enemigos despiadados, pero

ocurre todo lo contrario y las dificultades surgen por causa de nuestros propios camaradas. Todos quieren mandar, Hankl, o tener la última palabra, y las discusiones se hacen a veces muy difíciles, muy tensas. Me cuesta tomar decisiones, no en asuntos prácticos, tú lo sabes, sino cuando se habla de problemas filosóficos o religiosos; casi nunca sé quién tiene la razón. Tienes que venir, Hankl, aunque sólo sea por unos cuantos días.

-Eso es bueno. Quiero decir que dudes, que no siempre creas tener la razón. Tenemos que aprender a ser pacientes, como pide el *I Ching*, y a dejar que cada uno vaya buscando su camino por sí mismo.

-Pero, ¿vendrás?

El hizo un gesto poco inteligible, y respondió evasivamente:

-Tal vez... me siento verdaderamente agotado.

-Ana -dijo Swende- tendrías que tener preparado un alojamiento para Hankl, preferiblemente en las afueras de la ciudad, algo que sea reservado, tranquilo. El no se siente muy bien ahora, aunque se restablecerá con un poco de reposo. Dime, ¿cómo está Gwani?

-Muy bien, ella es una verdadera ayuda para mí. Está en estos momentos en una reunión, pero debe venir por aquí pronto para hablar con ustedes. Su trabajo ahora es organizar los consejos capitulares y provinciales con las comunidades que ya están funcionando. Cada día son más. Pero la dificultad consiste en definir lo que en realidad habremos de ser los estelares, en orientar a quienes todavía no saben qué camino seguir. El Consejo Ecuménico no me ayuda mucho en ese sentido.

-¿Por qué?

-No sé, pero mi impresión es que es más fácil encontrar gente ambiciosa que sabios, aún entre nosotros.

-No lo dudes, Ana. Todos estamos hechos de las mismas moléculas - respondió Hankl con aire ausente.

- Pero es **muy** importante que haya un guía, alguien que nos oriente, y tú eres el único punto de referencia que tenemos, Hankl. Yo no me engaño, los riesgos que corremos son muy grandes, y sé que no soy capaz de afrontar sola toda la carga que recae sobre mí.

Tuvieron una magnífica cena, gentileza especial de los ingenieros de la base, en la que las preguntas no cesaron. Hankl estuvo casi todo el tiempo taciturno y comió apenas unos pocos bocados, sólo para no desairar a sus anfitriones. Se animó hacia el final, en el momento en que Tai Li, elevando la voz sobre la plural conversación, declaró resueltamente:

-No saben qué alegría me produce escuchar lo que dicen! Es como si ustedes expresaran lo mismo que yo he venido pensando desde hace tiempo, como si hubiesen encontrado las palabras para decir lo que yo siento. Es maravilloso sentirse así, tan bien interpretada, y por eso me gustaría unirme desde hoy a la nueva religión. Profeta Ozay, ¿qué se necesita para ser un hanksi?

-Nada que tú no tengas, Tai Li. Se necesita estudiar nuestro amado Universo, como tú lo haces, y meditar serenamente acerca de nuestros actos. Puedes asistir a nuestros templos, y me dicen que hay muchos, para conocer a otros hermanos y sentir la alegría de departir en comunidad. No tienes por qué adorar a ningún dios, ni obedecer a nadie; sólo ser sincera contigo misma.

Ella, visiblemente emocionada, se acercó hasta su asiento y lo abrazó con afecto. Luego le dijo:

-Descansa, Profeta. Mañana a primera hora trataré de sanarte, para que vivas muchos años.

Ya era tarde, y la fatiga volvía a caer sobre ellos, pero aun así decidieron sostener una breve reunión para resolver los asuntos pendientes. Dukkuk informó acerca de la conversación que horas antes había tenido con el senador y de los deseos de éste por conocer a Hankl. Después que los demás hicieron varios comentarios se extendió el silencio. El profeta, ante las miradas que parecían interrogarlo, dijo entonces:

-Ya veremos, hermanos. No tengo ánimos ahora para tomar ninguna determinación.

-Te entiendo, Hankl -dijo Swende- porque creo saber cómo te sientes. Pero quiero que recuerdes que gracias a tí ya ha desaparecido la amenaza de esa gente que tan fieramente nos perseguía y que ahora se abre un futuro luminoso para nosotros.

-Mañana al mediodía podríamos estar en Yellowknife si así lo deseáramos -agregó Iya-. Me lo ha confirmado hace un rato el jefe de este lugar. Me parece que ya no tiene sentido regresar a Ventura, amigos, sólo ha quedado Fredek allí, con los nuevos adeptos que hemos ganado.

-Sí, yo también pienso que debemos permanecer aquí sólo para reponer fuerzas y retornar a Yellowknife cuanto antes. Tu presencia es necesaria en la ciudad, Hankl, ya has visto lo que dice Ana. Además, allá podrás hacerte ver por los médicos y concluir tu libro en mejores condiciones - prosiguió Swende.

Otra vez retornó el pesado silencio. Entonces Dukkuk, preocupado, buscó una forma indirecta de insistir:

- No quieres decidir nada todavía ¿verdad, Hankl?

El, que seguía como ausente, demoró en responder. Su cara carecía casi de expresión, pero su impasibilidad no podía ocultar del todo el malestar que sentía y que le resultaba difícil de comunicar a los demás.

-Tengo muchos sueño, hermanos, discúlpeme. Creo que mañana podré encarar todo mejor, con más energías. Si ven a Rashawand díganle, simplemente, que le deseo lo mejor.

El profeta se retiró, saludando afectuosamente a sus compañeros. Ellos, algo inquietos por la forma extraña en que se comportaba, se miraron durante algunos segundos. Iya fue el primero en hablar:

-Sólo los verdaderamente sabios son capaces de perdonar de esa manera!

-Sí, es cierto. -Dukkuk habló con lentitud-: Me reconforta eso. Saben, el fanatismo de Rashawand le ha hecho cometer actos horribles, pero hay que reconocer que es un hombre que puede detenerse a reflexionar, aun en los momentos más dramáticos. Tengo todavía grabada su imagen, cuando apuntaba con su arma a Hankl, recostado sobre su trineo deshecho, ardiendo en deseos de matarlo pero sin atreverse a apretar el gatillo. No es un simple asesino, amigos. Tendríamos incluso que apoyarlo, porque creo que sus ideas podrían ahora cambiar, aproximándose un poco a las nuestras.

-Sí, no hay duda de que Hankl lo ha hecho recapacitar.

El diálogo languideció: no era el momento adecuado para discusiones profundas y tampoco se podía tomar, en concreto, ninguna decisión. Por fin los tres se retiraron a descansar, físicamente agotados, pero con un torbellino de ideas que se resistía a sumergirse en la opacidad del sueño.

Swende atisbó por la puerta entreabierta del cuarto de Rashawand Singh: lo vio dormido, mirando hacia lo alto, exhibiendo por primera vez un semblante plácido y abiertamente distendido.

A la mañana siguiente, la oscura mañana del vienteis de febrero, mientras el viento azotaba sin piedad las grandes algas de lo, Hankl Ozay, El Profeta, apareció muerto en su lecho.

De nada valió el esfuerzo de biólogos e ingenieros ni el esmerado trabajo de la máquina médica, que completaba sus análisis de rutina mientras repetía en sus pantallas la trágica indicación conocida: AUSENCIA TOTAL DE SIGNOS VITALES. Su vida era irrecuperable porque había muerto varias horas atrás, apenas retirado a su aposento, y porque no se encontró órgano que reemplazar, parámetro que modificar, signo que alentar en su cuerpo aparentemente sano.

Habían pasado poco más de dos semanas desde su salida de Yellowknife y apenas unos meses desde su regreso al planeta. La muerte, repentina, no le dejó siquiera vivir una más de las primaveras de la Tierra.



12

**Mg**

**Somos parte de las estrellas, no porque compartamos un mismo cosmos infinito, sino porque materialmente estamos formados por ellas: ni un sólo átomo de nuestro carbono, de nuestro calcio o nuestro hierro ha podido formarse en otra parte. Somos simplemente la combinación maravillosa de todo ello, los hijos de esas estrellas que siempre -aunque no las veamos- nos circundan desde todas direcciones.**

**De Confesiones y Recuerdos, por HANKL OZAY**

La noticia recorrió rápidamente la Tierra. Y, a pesar de la tecnología, de las imágenes que llevaba la TVD y de los múltiples esfuerzos de los comunicadores, llegó de un modo distorsionado y confuso, creando el comienzo de una leyenda a la que alimentaban la lejanía casi cósmica del Polo Norte, la presencia en la estación de *El Desesperado*, la notoriedad que iban teniendo en todas las regiones los hanksis, fundadores de templos y creadores de símbolos.

Por lo menos en una ciudad de la India hubo fiesta, en celebración de lo que se consideraba una muerte ritual. Los habitantes de Ankara salieron otra vez a la calle -protestando la evidente desidia de un Gobierno Federal que no ofrecía la mínima protección a sus súbditos- mientras que en Jerusalén la noticia pasó casi inadvertida. Yellowknife y otras treinta y ocho ciudades de todos los continentes declararon duelos oficiales de diversa duración. En Mahón, una de las capitales federales, el augusto Senado que pretendía representar a todo el planeta votó favorablemente la proposición de Dowwe, en la que se deploraba la muerte de tan ilustre ciudadano.

Para los hanksis, ecumenistas estelares o -como despectivamente se los llamaba- los adoradores del carbono, la pérdida del profeta abrió las puertas a la mayor incertidumbre. Ellos no conformaban ciertamente una religión como las otras, respaldada por tradiciones de siglos o mitos milenarios, sino un movimiento incipiente, que crecía vertiginosamente alrededor de su profeta en tanto iba adquiriendo su propio y peculiar carácter. No tenían escrituras sagradas sobre las cuales apoyarse ni una organización probada y sólida. Sólo su dinamismo, las multitudinarias conversiones -los ataques sufridos, por qué no- mantenían su vigor. Ahora todo podría tal vez derrumbarse y caer en el olvido, como un sueño que se desvanece y no deja tras de sí ninguna consecuencia. Los hechos, sin embargo, no dieron tiempo para profundas reflexiones: fueron demasiado veloces, demasiado envolventes como para nadie pudiese juzgarlos en toda la extensión que poseían.

Los enlutados huéspedes de la estación polar viajaron en un transbordador especial que los dejó esa misma tarde en Yellowknife. Traían consigo el cadáver del profeta y se sentían torpes y vacíos, como si despertaran bruscamente de una ilusión feliz. La gigantesca recepción los asombró. Ninguno de ellos había esperado un duelo organizado sino una íntima manifestación de dolor, un encuentro entre amigos propicio para el recogimiento, donde tal vez reinaran la soledad y el desaliento. En cambio vieron calles colmadas, estandartes y luces. La música solemne y los fúnebres himnos resonaban sin pausa, sobrecogiéndolo el ánimo.

Allí, preparados para recibir el féretro, se encontraban Ana y s'Mou, Ferra -con su cara más roja que nunca- Gwani, Johnne y tantos otros que habían acompañado al profeta desde los primeros días de su prédica fundadora; allí, con un disco azul que llevaba el símbolo estelar sobre su pecho, estaba también el propio alcalde de la sacralizada ciudad de Yellowknife, rodeado de dignatarios federales.

Atardecía ya. A indicación del alcalde Atgoll -y alzando la urna mortuoria ante la multitud- comenzaron a caminar lentamente por una amplia avenida. Una lluvia de flores descendía sobre el cortejo. Se dirigieron hasta donde se había levantado una alta tarima y ascendieron a ella, dejando sobre un estrado especialmente preparado el cadáver de Hankl. Una pequeña guardia de honor lo rodeó. Todo era solemne, majestuoso, emocionante bajo la luz anaranjada del crepúsculo. Swende comprendió enseguida que aquello no podía ser obra de Ana.

Llegó la hora de los inevitables discursos. Atgoll habló primero, y afortunadamente escogió el camino de la brevedad. Sus palabras alabaron el pacifismo de Hankl y pusieron de relieve el amor que el profeta sintiera por su ciudad natal; no olvidó mencionar que pocas semanas atrás, por cierto, él mismo estaba dando la bienvenida a quien ahora despedían. Luego, ante la reticencia de Dukkok y la modestia de Swende, fue Iya quien tuvo que dirigirse hacia la gente. Comenzó con timidez, relatando la sorpresa que sintiera cuando Hankl lo escogió, entre tantos, para que lo acompañara en su jornada hacia lo desconocido. Poco a poco siguió con su relato, recordando las angustias del viaje, la conducta de Hankl ante El Desesperado, las conversaciones sostenidas con el profeta. A medida que lo hacía, Iya, para sorpresa de todos, se iba transfigurando: su voz no se quebraba ya sino que retumbaba con decisión, con soltura, mientras que el público comenzaba a responderle. Se oían voces, exclamaciones colectivas, hasta llantos histéricos. Alentado por la forma en que ahora lo escuchaban, ese hombre casi siempre retraído y de apariencia insignificante se convirtió entonces en un orador poderoso. Cuando una mujer, allá abajo, preguntó exaltada:

-Pero, ¿de qué murió? ¿de qué murió?! -Iya, místicamente, exclamó:

-Murió porque ya no era de este mundo, hermanos!! Hankl Ozay, El Profeta, no era un hombre como todos nosotros. Había entregado su vida a las estrellas y regresó tan sólo para traernos su mensaje, su palabra que siempre nos alumbrará. ¡¡Aquí la tengo!! -y entonces, un poco incongruentemente, alzó sus manos mostrando una máquina lectora y la activó, agitándola ante la multitud. Un ruido confuso, unas imágenes sin sentido llegaron hasta quienes se encontraban en la calle, a bastantes

metros de distancia, pero el efecto fue prodigioso: la gente pareció llegar al paroxismo, gritando y gesticulando, mientras muchos se arrodillaban como si estuvieran frente a la presencia misma de la divinidad.

En la alta tribuna, entretanto, reinaba el desconcierto. Ana miraba atónita a Swende y a Dukkuk, como si esperara de ellos alguna explicación, y Gwani -con la boca abierta- retorció sus manos sin descanso. Sólo Ferra -con los ojos radiantes de alegría- y el alcalde Atgoll, parecían participar plenamente en ese arrebató colectivo.

Iya se hallaba como en trance, contemplando el espectáculo insólito que se abría ante sus ojos. Durante varios minutos permaneció así, con los brazos en alto, hasta que -de pronto- dio media vuelta y se quedó mirando a Ana: algo en su actitud lo hizo cambiar súbitamente. Bajó los brazos; con una sonrisa de niño travieso y un ademán explícito le cedió la tribuna a su camarada. Ella quedó pensativa, seria, comprendiendo que ya no había lugar para más palabras. Por eso, con absoluta sencillez, se limitó a invitar a todos al templo para velar los restos del bienamado profeta.

Llegaron allí cuando ya la noche caía sobre la ciudad, bajo el intenso frío, después de una breve marcha en la que no cesaron los cánticos rituales. Eran varios millares.

Para las gentes del siglo XXII una muerte sin motivo, sin causas clínicas concretas y precisas, resultaba algo auténticamente extraordinario. Tanto la supervivencia de Hankl en el espacio como el final de su vida eran vistos por eso como hechos prodigiosos y excepcionales, generando entre los más crédulos la sensación de que existía -en lo profundo- una clave milagrosa para lo que no podía ser explicado de otro modo. El mito comenzaba a crearse sin que nadie en particular lo alimentase, surgiendo como una corriente indetenible de sentimientos y esperanzas.

La larga caravana que encabezaban Ana e Iya alcanzó el pequeño templo, una construcción simple que era el centro de reuniones más próximo, depositando allí el cadáver. El tránsito de quienes querían despedir al hombre del espacio comenzó entonces su lento discurrir, mientras se multiplicaban las expresiones de devoción, las plegarias y hasta los gritos.

El féretro era sencillo, el tipo de producto industrial convencional que podía encontrarse en una estación del Polo Norte; la sala era apenas un rectángulo vacío, decorado con algunos símbolos estelares,

enteramente corriente. Pero la multitud vivía un auténtico acto de fe: había quienes se arrodillaban y rezaban breves plegarias antes de seguir, había quienes lloraban o se inclinaban en señal de profunda reverencia. Los rituales se improvisaban y diferían entre sí, a veces como copias alteradas de otros rituales más antiguos, a veces como productos de la inventiva espontánea de la gente. Pero la fuerza que los nutría parecía indetenible, telúrica, como surgida de lo más profundo de la tierra.

Sólo después de algunas horas el sepelio comenzó a adquirir cierta normalidad. Fue entonces cuando la fila, que se extendía hasta muy lejos, alcanzó a convertirse en algo más o menos estable y organizado. En ese momento algunos de los hanksis más cercanos al profeta tuvieron la primera oportunidad de conversar a solas, reuniéndose informalmente en una pequeña habitación lateral. Iya, entusiasmado, fue el primero en hablar:

-¡Esto es increíble! Nunca hubiera pensado en algo tan grande, tan magnífico.

Pero la expresión de los demás retrajo su exaltación, induciéndolo a preguntar:

-¿Qué sucede?... Yo también comparto el dolor, ustedes lo saben, pero ahora se han disipado mis dudas... sé que triunfaremos. ¡Me sentía tan desamparado cuando salimos de Ventura!

Ferra, ahora absorto, le sonrió, afirmando con la cabeza. Pero fue Gwani quien expuso las reservas que los demás sentían:

-No es eso Iya, no se trata del dolor o la alegría que sentimos... somos libres. Es que la gente parece haberse vuelto loca.

-Sí -la apoyó su hermana- el ritualismo es excesivo para mí, me resulta incongruente... me hace sentir mal. Están endiosando a Hankl, pero es también como si nos lo quitaran, como si lo transformaran en alguien diferente a quien fue.

-Tienes que ser comprensiva en esta hora, Swende, es un momento muy especial -le replicó Dukkok-. Ya las aguas volverán a su cauce. Hay que valorar lo que significa este homenaje, la forma en que nos dará a conocer en el mundo entero... Recibiremos miles y miles de adhesiones.

-Lo entiendo, sí, pero ellos no se dan cuenta de que están distorsionando nuestras ideas, las ideas de Hankl.

-La religiosidad del hombre -intervino Ferra- se expresa por caminos inesperados, difíciles de entender, a veces incontrolables. Debemos aceptar esta consagración espontánea como un signo favorable.

Ana, percibiendo otra vez las latentes discrepancias, trató de evitar una discusión inoportuna:

-Iya, ¿logró Hankl terminar de escribir su libro?

-No completamente, aunque en la práctica se podría decir que sí. Sólo faltaban ciertos retoques, problemas de estilo, las precisiones necesarias para una buena traducción. Pero yo podré concluirlo en pocos días, para que luego podamos darlo a conocer en todos los idiomas.

-Sí, debemos ocuparnos pronto de eso. Creo que será conveniente reunir al Consejo lo antes posible, apenas todo se normalice un poco. ¡Hay tanto por hacer! Ustedes tres tienen que asistir, son miembros por derecho propio, porque Hankl los escogió en su último viaje: necesitamos su opinión, el relato detallado de todo lo ocurrido desde que salieron de Ventura, porque las fantasías, ahora, parecen indistinguibles de la realidad.

Todos se retiraron. Algunos para permanecer al lado del cuerpo venerado del profeta, frente a los fieles que le tributaban su postrer despedida; otros, buscando los breves momentos de descanso que tanto necesitaban, porque debían estar preparados para las ceremonias del día siguiente. Ferra, cerca de Ana y Dukkuk, permaneció pensativo ante el féretro: su alta figura destacaba allí, en el austero templo, como si quisiera aún comunicarse con el alma del Hankl. En realidad observaba, con aguda atención, las plurales manifestaciones de respeto y dolor que espontáneamente elaboraban las gentes: era tan grande la variedad de idiomas, de vestimentas y de razas que se sentía fascinado por el sentido verdaderamente ecuménico de la ceremonia. Meditaba entretanto, no sin cierta inquietud, acerca de todo lo que les faltaba por construir.

Hacia las tres de la mañana, cuando ya era evidente que el desfile de los peregrinos iría a durar toda la noche, Ferra, de pronto, abandonó el aire reconcentrado que había mantenido hasta entonces. Fue como si por fin hubiese comprendido qué era lo que sin saber le preocupaba, como si hubiese encontrado la solución a un obstinado acertijo que apenas era capaz de formular. Ocurrió cuando un hombre corpulento, de ancha barba roja, se acercó al ataúd. Se hincó, murmuró una breve plegaria que nadie pudo entender y luego, al incorporarse, exclamó con energía, mirando precisamente hacia la dirección en que se encontraba Ferra:

-¡Hankl Ozay, profeta verdadero: que las estrellas eternas reciban tu cuerpo!

Llevaba una gruesa cadena de oro sobre su pecho y unas ropas corrientes, pero que delataban su oficio de astronauta.

Ferra entendió. Esa era la ausencia crucial que lo atormentaba, el motivo de su indefinible desasosiego: el nuevo culto no tenía ningún rito particular ante la muerte, ninguna expresión litúrgica que lo diferenciase de las otras religiones existentes. Horas antes, durante un breve encuentro con Johnne, éste había dado por supuesto que se seguiría la costumbre dominante en esos tiempos: la donación de los órganos y la cremación solemne. Todos parecían pensar que así habría de procederse porque no eran capaces de hallar, en realidad, ninguna otra alternativa. Ferra, impresionado por las palabras del viajero, se acercó a éste, y el hombre, dirigiéndose directamente a él, repitió:

-¡Ojalá las estrellas eternas pudieran recibir el cuerpo del venerable Ozay!

El ex-sacerdote, estremecido porque acababa de concebir una idea que se le antojaba perfecta, tomó por un brazo al peregrino y le dijo:

-Hermano, ¿usted sugiere que llevemos el cuerpo del profeta hasta las mismas estrellas?

El individuo se sobresaltó, sorprendido. Apenas atinó a responder:

-No es posible, ya sé, pero él se lo merecería.

-Tenemos una estrella cercana, el Sol. No sería tan difícil enviar una pequeña nave hasta allí...

El hombre abrió mucho los ojos y sonrió levemente. Entonces, tuvo un gesto magnífico: se despojó de la cadena de oro que llevaba y la colocó, con cuidado, al pie del féretro.

-Me siento honrado en entregarles este donativo.

Mientras Ana y Dukkuk consideraban la propuesta, todavía con un poco de asombro, la idea se propagó a lo largo de la fila, aceptándose con vigor incontenible. Antes de una hora se había formado un pequeño montículo de objetos de valor a la vera del féretro del profeta Ozay.

La TVD pudo lograr -no mucho después- una entrevista con Iya quien, con su habitual destreza, encontró un pensamiento de Hankl que parecía apropiado a la situación. La frase pronto se esparció por todos los continentes:

***"He estado mucho tiempo allí, como un objeto más en el cosmos, como un satélite de un satélite de un planeta. Pero provengo, como todos, del material que crean las infinitas estrellas en sus mutaciones. A ellas regresaré, con cada uno de mis átomos, en un tiempo próximo o distante, como quien vuelve a su hogar primigenio."***

La nave, un espacioso carguero de esos que recorren lentamente el sistema solar en todas direcciones, se fue alejando de su plataforma de lanzamiento, ubicada en la estación orbital Trópikos. Se encaminó hacia Venus, su primera etapa, atravesando las vastedades desiertas.

Mucho antes de haberse aproximado al planeta, iluminado entonces en su mitad derecha por el sol, hizo una operación no contemplada en los manuales de navegación; transcurría el segundo día de viaje. Mientras la tripulación observaba un respetuoso silencio, se abrieron las compuertas de una de sus bodegas y un dispositivo en forma de brazo sostuvo, durante algunos instantes, un pequeño contenedor motorizado, un *commy* de unos dos metros de largo. Lo orientó directamente hacia el Sol mientras se encendía su motor, en tanto el brazo mecánico volvía a su sitio y las compuertas se cerraban.

El *commy* fue adquiriendo velocidad, atraído por la implacable gravedad del astro. Su recorrido rectilíneo fue seguido durante un tiempo por los hombres del carguero y por algunos otros que, desde naves cercanas, pudieron apreciarlo a través de sus telescopios. Horas después se disolvía sobre la superficie de la estrella con una pequeña llamarada, que se confundió con la corona flamígera que la rodea. Ni aun el observatorio orbital Maxwell VII -colocado tan cerca del Sol- pudo registrar el inevitable final: el momento en que el cuerpo del profeta se desintegró al ser acogido en el seno de la madre estrella.